

Pregonero de Justicia

Dedicado a la *Biblia sola*, como la única regla de fe y práctica; a la *fe sola*, como el único medio para ser aceptado para con Dios; y a *Jesucristo solo*, como el único mediador entre Dios y los hombres..

Abril - Junio 2010

Volumen 8, Número 2

Introducción editorial :

La gracia de vida– p. 3

El postrer enemigo – pág. 4

**¿Es el alma del
hombre inmortal?** – p. 11

Entre la muerte y la resurrección – p. 18

¿Cuándo recibimos el galardón? – p. 21

Testimonio adicional – p. 29

¡Alabad al Señor! – p. 32

Pregonero de Justicia es una revista dedicada a la restauración del cristianismo del Nuevo Testamento en esta generación. Está destinada especialmente a sostener la gran verdad de la justificación por la fe en este tiempo, la cual está siendo amenazada por el humanismo, el emocionalismo, y el ecumenismo. Nuestra revista está basada en el principio de "sola scriptura" — la Biblia y únicamente la Biblia como regla de fe y práctica (2 Tim. 3:15-17). Deseamos dar a la trompeta del evangelio un son certero (1 Cor. 14:7-9), para que a través de palabras sencillas (Hab 2:2) podamos quedar todos "confirmados en la verdad presente" (2 Ped. 1:12), y cual Noé, ser pregoneros de la justicia de Cristo (2 Ped. 2:5).

Editor: Ricardo Marín

Patrocinadores: Todos los que comparten nuestro lema. Esta revista no tiene patrocinio denominacional. Está sostenida solamente por ofrendas voluntarias de aquellos que ven en **Pregonero de Justicia** una esperanza y salvaguardia para la generación actual.

Colaboradores: Siendo que la verdad está por encima de las preferencias y de los prejuicios de cualquier denominación, los editores dan la bienvenida a los escritos de quienes deseen colaborar y los juzgarán por sus méritos solamente.

Subscripciones son gratis para los que las soliciten directamente:

Life Research International

P O Box 700 Fallbrook, CA 92088 USA

Abril - Junio 2010

SITIO WEB

www.liferesearchinternational.org



Introducción editorial:

La gracia de vida

La vida tal como la conocemos no alcanza el ideal de abundancia de vida que originalmente Dios tenía en mente. Cuando Dios creó al ser humano, invistió a Adán y a Eva con el poder de pensar y hacer, y con el potencial de vivir eternamente rodeados de todo aquello deseable. Adán eligió la muerte y todos nosotros somos partícipes en aquella decisión. Pero a través de la gracia de Dios en Cristo, la muerte ha sido abolida, y la vida e inmortalidad nos han sido brindadas por medio del Evangelio. Cómo participamos de estas bendiciones de la gracia es el tema de esta edición de *Pregonero de Justicia*.

Los autores que incluimos en esta edición vienen de una variedad de perspectivas religiosas. Si no fuera por su amor a Dios y su Palabra nunca se los hubiera encontrado en comunión juntos. Oscar Cullman procede del campo Europeo Reformado, Robert Kramer es un pastor en la Iglesia Evangélica Congregacional, Philip Hughes enseñó en el seminario teológico Westminster en Filadelfia, y nuestro ex editor atravesó el espectro teológico desde el perfeccionismo hasta el anti-perfeccionismo. Pero todos ellos nos desafían a examinar la falacia del dualismo griego que permea nuestro mundo y nuestras iglesias.

Si hemos omitido su grupo religioso o su autor favorito, podrá encontrar al final un par de páginas con citas de otros eruditos además de los representados en los artículos precedentes.

La vida nos llega solamente a través de la gracia de Dios. Alabemos a Dios por su maravillosa gracia: gracia que envió a su Hijo a la tierra; gracia que movilizó al Hijo hacia la muerte; gracia que entrega al Espíritu a proclamar liberación de todos aquellos que en su tiempo de vida están “sujetos a servidumbre”.

“Por tanto, ceñid los lomos de vuestro entendimiento, sed sobrios, y esperad por completo en la gracia que se os traerá cuando Jesucristo sea manifestado.” 1 Ped. 1:13.

Investiguemos juntos Las Escrituras

RAM

El postrer enemigo

por Oscar Cullmann *

Introducción

Si tuviéramos que pedir a un Cristiano común y corriente hoy en día (ya sea un Protestante o Católico, bien ilustrados o no) lo que él concibe como la enseñanza del Nuevo Testamento acerca del destino del hombre después de la muerte, solo con algunas excepciones, se suele

*Oscar Cullmann, ex profesor de Nuevo Testamento de la Universidad de Basilea, al comentar en su prefacio a la edición de 1958 (Inglés) acerca de *¿La inmortalidad del alma o la resurrección de los muertos?* (del cual fue extraído y traducido este artículo [disponible en el internet en su totalidad en Inglés en <jjbursette.com>]) escribe:

“No hay otra publicación mía que haya provocado tanto entusiasmo u hostilidad tan violenta, ... Mis críticos pertenecen a los campos más variados ... Hasta ahora, ningún crítico de uno u otro tipo [sincero filósofo no cristiano o Cristiano] ha tratado de refutarme por la exégesis, que es la base de nuestro estudio...

“Este acuerdo me parece notable para mostrar cuán extendido está el error de atribuir al cristianismo primitivo la creencia griega en la inmortalidad del alma. Además, las personas con actitudes tan diferentes como las que he mencionado están unidas en una incapacidad común de escuchar con total objetividad sobre lo que los textos nos enseñan acerca de la fe y la esperanza del cristianismo primitivo, sin mezclar sus propias opiniones y puntos de vista tan arraigados en ellos con su interpretación de los textos. Esta incapacidad de escuchar es igualmente sorprendente por parte de la gente inteligente comprometida con los principios de la exégesis profunda, científica y de parte de los creyentes que profesan depender de la revelación de las Sagradas Escrituras...

“...[No] hay razón para negar una diferencia radical entre la esperanza cristiana de la resurrección de los muertos y la creencia griega en la inmortalidad del alma. Sin embargo, sincera como es nuestra admiración por ambos puntos de vista, no podemos permitir que nos convenzan, en contra de nuestra profunda convicción y en contra de la evidencia exegetica, de que son compatibles...

“...No subestimo de manera alguna la dificultad que uno puede experimentar al compartir esta fe y admito la dificultad de hablar sobre este tema de una manera desapasionada. Una tumba abierta inmediatamente nos recuerda que no estamos simplemente tratando con un asunto de discusión académica. Pero ¿no hay por tanto una mayor razón para buscar la verdad y la claridad en este punto?...”



PLATÓN

recibir la siguiente respuesta: “La inmortalidad del alma.” Sin embargo, esta idea ampliamente aceptada es uno de los mayores malentendidos de la cristiandad. No tiene ningún sentido tratar de ocultar este hecho, o velarlo por la re-interpretación de la fe cristiana. Esto es algo que debe ser discutido con toda franqueza. El concepto de la muerte y la resurrección está firmemente anclado en el acontecimiento de Cristo (como se muestra en las páginas siguientes), y por lo tanto es incompatible con la creencia griega en la inmortalidad, puesto que se basa en *Heilsgeschichte* [la historia de la salvación], que es ofensivo para el pensamiento moderno. ¿No es éste un elemento tan integral de la proclamación de los primeros cristianos que no puede ser objeto de renuncia ni re-interpretación sin robarle al Nuevo Testamento su sustancia misma?

Pero ¿es realmente cierto que la temprana fe cristiana en la resurrección es incompatible con el concepto griego de la inmortalidad del alma? ¿No enseña el Nuevo Testamento, y sobre todo el Evangelio de Juan, que tenemos ya la vida eterna? ¿Es realmente verdad que la muerte en el Nuevo Testamento es concebida siempre como “el postrer enemigo” de una manera que es diametralmente opuesta al pensamiento griego, que ve en la muerte a un amigo? ¿No escribió Pablo: “Oh muerte, ¿dónde está tu aguijón?”? Veremos al final que hay al menos una analogía, pero primero hay que destacar las diferencias fundamentales entre los dos puntos de vista...

La totalidad del pensamiento cristiano primitivo se basa en la *Heilsgeschichte*, y todo lo que se dice sobre la muerte y la vida eterna se sostiene o se viene abajo con la creencia en la ocurrencia real de hechos reales que tuvieron lugar en el tiempo. Esta es la distinción radical con el pensamiento griego...

Sócrates y Jesús

Aparte del contraste entre la muerte de Sócrates y la de Jesús (a diferencia de lo citado a menudo, aunque con otros fines, por los tempranos opositores del Cristianismo) no hay cosa alguna que muestre más claramente que la visión bíblica de la muerte desde el principio se centra en la historia de la salvación, apartándose así radicalmente de la concepción griega...

En la descripción impresionante de Platón de la muerte de Sócrates en el Fedón, se produce tal vez la doctrina más alta y sublime que jamás se haya presentado sobre la inmortalidad del alma. Lo que le da a su argumento su valor insuperable es su reserva científica, su rechazo de cualquier prueba que tenga validez matemática. Conocemos los argumentos que ofrece para la inmortalidad del alma. Nuestro cuerpo es sólo una prenda exterior que, mientras vivimos, impide que nuestra alma se mueva libremente y que viva conforme a su debida esencia eterna. Impone sobre el alma una ley que no es apropiada para ella. El alma, confinada dentro del cuerpo, pertenece al mundo eterno. Mientras vivimos, nuestra alma se encuentra en una prisión, es decir, en un cuerpo esencialmente ajeno a ella. La muerte, de hecho, es el gran libertador. Desata las cadenas, porque lleva al alma fuera de la prisión del cuerpo y de regreso a su hogar eterno. Ya que el cuerpo y el alma son radicalmente diferentes entre sí y pertenecen a mundos diferentes, la destrucción del cuerpo no puede significar la destrucción del alma, más de lo que una composición musical puede ser destruida cuando el instrumento se destruye. Aunque las pruebas de la inmortalidad del alma no tienen para el propio Sócrates el mismo valor que las pruebas de un teorema matemático, no obstante alcanzan en su propia esfera el mayor grado posible de validez, y hacen así a la inmortalidad tan probable, que equivale a una "oportunidad justa" para el hombre. Y cuando el gran Sócrates rastreó los argumentos para la inmortalidad en su discurso a sus discípulos en el día de su muerte, no se limitó simplemente a enseñar esta doctrina: en ese momento vivía su doctrina.

Mostró cómo servimos a la libertad del alma, incluso en esta vida presente, cuando nos ocupamos con las verdades eternas de la filosofía. Es por medio de la filosofía que penetramos en aquel mundo eterno de las ideas a las que el alma pertenece, y liberamos al alma de la prisión del cuerpo. La muerte no hace más que completar esta liberación. Platón nos muestra cómo Sócrates va hacia su muerte en completa paz y serenidad. La muerte de Sócrates es una muerte hermosa. Nada se ve aquí del terror de la muerte. Sócrates no puede temer a la muerte, ya que de hecho se nos hace libres del cuerpo. Quien teme a la muerte demuestra que le encanta el mundo del cuerpo, que esta completamente enredado en el mundo de los sentidos.

La muerte es la gran amiga del alma. Así lo enseña; y así, en maravillosa armonía con su enseñanza, él muere – este hombre que encarnó al mundo griego en su forma más noble.

Y ahora vamos a escuchar cómo muere Jesús. En el Getsemaní, Él sabe que la muerte está delante de El al igual que Sócrates esperaba la muerte

en su último día. Los Evangelistas sinópticos nos proporcionan, en general, un informe unánime. Jesús comienza a temblar y se angustia “, escribe Marcos (14:33). “Mi alma está turbada, hasta la muerte”, dice a sus discípulos... Jesús es tan completamente humano que Él comparte el temor natural de la muerte... (Esta conclusión... está apoyada con las fuertes expresiones griegas para “temblar y encogerse,” [y no] dando explicaciones que no se ajustan a la situación, en la que Jesús ya sabe que él tiene que sufrir por los pecados de su pueblo [La Última Cena]. En Lucas 12:50 es completamente imposible deshacerse del significado de la expresión ‘angustia’ frente a la muerte, y también en vista del hecho de que Jesús es abandonado por Dios en la cruz [Marcos 15:34], no es posible explicar la escena de Getsemaní excepto a través de esta angustia ante la perspectiva de ser abandonado por Dios, un abandono que será la obra de la Muerte, el gran enemigo de Dios.) Jesús tiene miedo, aunque no como un cobarde lo estaría de los hombres que lo matarían, y menos aún del dolor y la pena que preceden esa muerte. Él tiene miedo al enfrentarse con la muerte misma. La muerte para él no es algo divino: es algo espantoso. Jesús no quiere estar solo en ese momento. Él sabe, por supuesto, que el Padre está para ayudarlo. Él lo mira a Él en este momento decisivo como lo ha hecho durante toda su vida. Se vuelve hacia Él con todo su miedo humano hacia este gran enemigo, la muerte.

Él tiene miedo de la muerte. Es inútil tratar de anular el miedo de Jesús según lo informado por los evangelistas. Los adversarios del cristianismo que ya en los primeros siglos hicieron el contraste entre la muerte de Sócrates y la muerte de Jesús vieron más claramente aquí que los exponentes de la Cristiandad. Él tenía mucho miedo. Aquí no hay nada de la serenidad de Sócrates, quien encontró la muerte en paz como una amiga. Ciertamente, Jesús ya sabe la tarea que se le ha encomendado: sufrir la muerte, y ya ha pronunciado las palabras: “Tengo un bautismo con que yo debo ser bautizado, y ¡qué angustiado (o miedoso) estoy hasta que se cumpla” (Lucas 19:50). Ahora, cuando el enemigo de Dios está delante de Él, Él clama a Dios, cuya omnipotencia Él conoce: “Todas las cosas son posibles para ti, que esta copa pase de mí” (Marcos 14:36). Y cuando llega a la conclusión, “pero no sea como yo quiero, sino como tú”, esto no significa que Él, al igual que Sócrates, se refiera a la muerte como al amigo, al libertador. No, lo que quiere decir es sólo esto: Si el más grande de todos los terrores, la muerte, debe acontecerme según tu voluntad, entonces me someto a este horror. Jesús sabe que en sí misma, que la muerte es el enemigo de Dios, morir significa ser totalmente abandonado. Por lo tanto, clama a Dios; frente a este enemigo de Dios, Él no quiere estar solo. Él quiere permanecer tan estrechamente unido a Dios como lo ha estado a lo largo de toda su vida terrenal. Porque todo aquel que está en manos de la muerte ya no está en las manos de Dios, sino en las manos del enemigo de Dios. En este momento, Jesús busca la ayuda, no sólo de Dios, sino también de sus discípulos. Una y otra vez interrumpe su oración y se dirige a sus discípulos más íntimos, que están tratando de luchar contra el sueño para estar despiertos cuando los hombres lleguen para detener a su Maestro. Ellos tratan, pero no tienen éxito, y Jesús debe despertarlos una y

otra vez. ¿Por qué quiere Él que se mantengan despiertos? Él no quiere estar solo.

Cuando el enemigo terrible, la muerte, se aproxima, él no quiere ser abandonado aún por los discípulos cuya debilidad humana Él conoce. “¿No habéis podido velar una hora?” (Mar. 14:37).



¿Puede haber un contraste mayor que entre Sócrates y Jesús? Al igual que Jesús, Sócrates tiene a sus discípulos cerca de él en el día de su muerte, pero éste discurre serenamente con ellos acerca de la inmortalidad. Jesús, pocas horas antes de su muerte, tiembla y pide a sus discípulos que no le dejen solo. El autor de la Epístola a los Hebreos, quien, más que ningún otro autor del Nuevo Testamento, enfatiza no solo la plena deidad (1:10), sino también la plena humanidad de Jesús, va aún más lejos que los informes de los tres sinópticos en su descripción del miedo de Jesús de la muerte. En Hebreos 5:7 escribe que Jesús “con poderoso clamor y lágrimas ofreció oraciones y súplicas a Aquel que le podía salvar”... Así, según la Epístola a los Hebreos, Jesús lloró y gritó frente a la muerte. Allá está Sócrates, con calma y serenidad hablando de la inmortalidad del alma; aquí Jesús, llorando y gritando.

Y luego la escena misma de la muerte. Con sublime calma Sócrates bebe la cicuta, pero Jesús (así dice el Evangelista, Marcos 15:34 – que no nos atrevemos a pintarlo en otra forma ni pasarlo por alto) grita: “¡Dios mío, Dios mío! ¿por qué me has abandonado?” Y con otro grito inarticulado Él muere (Marcos 15:37). Esto no es “la muerte como un amigo.” Esta es la muerte en todo su horror espantoso. Esto es realmente “el postrer enemigo” de Dios. Este es el nombre que Pablo le da en 1 Corintios 15:26, donde se expone el contraste total entre el pensamiento griego y el cristianismo... Usando otras palabras, el autor del Apocalipsis de Juan también se refiere a la muerte como el postrer enemigo, cuando describe cómo al final la muerte será lanzada en el lago de fuego (20:14). Debido a que es el enemigo de Dios, ésta nos separa de Dios, que es la Vida y el Creador de toda vida. Jesús, que está tan estrechamente ligado a Dios, unido a él como ningún otro hombre lo ha estado debe precisamente por esta razón experimentar la muerte mucho más terriblemente que cualquier otro hombre. El estar en manos del gran enemigo de Dios significa ser abandonado por Dios. De una manera muy diferente a cualquier otro ser humano, Jesús tiene que sufrir este abandono, esta separación de Dios, la única condición realmente de temer. Por lo tanto, clama a Dios: “¿Por qué me has abandonado?” Ahora está realmente en manos del gran enemigo de Dios.

Debemos estar agradecidos a los evangelistas, por no haber pasado por alto nada de ese momento.

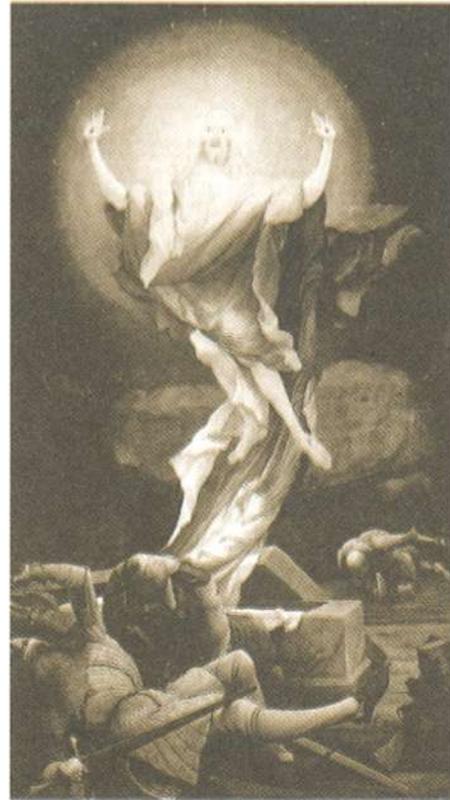
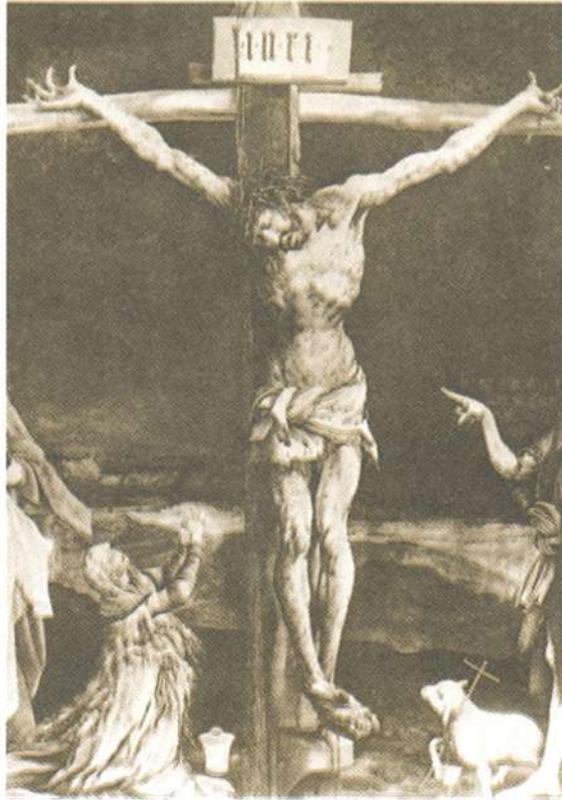
Más tarde (ya en el comienzo del segundo siglo, y probablemente antes) hubieron personas que se ofendieron por esto – personas de procedencia griega. En la historia cristiana primitiva les llamamos gnósticos.

He puesto la muerte de Sócrates y la muerte de Jesús lado a lado. Pues nada muestra mejor la diferencia radical entre la doctrina griega de la inmortalidad del alma y la doctrina cristiana de la Resurrección. Debido a que Jesús sufrió la muerte en todo su horror, no sólo en su cuerpo, sino también en su alma (“Dios mío, ¿por qué me has abandonado?”), y como Él es considerado por los primeros cristianos como el Mediador de la salvación, **Él debe ciertamente ser el mismo que en su muerte conquista a la muerte misma. No puede obtener esta victoria simplemente viviendo como un alma inmortal y, por lo tanto, fundamentalmente sin morir.** Él puede vencer a la muerte sólo por el hecho de morir, yéndose a la esfera de la muerte, el destructor de la vida; a la esfera de “la nada,” del abandono de Dios. Cuando se quiere superar a otra persona, uno debe entrar en su territorio. El que quiere vencer a la muerte debe morir, debe realmente cesar de vivir – no simplemente vivir como un alma inmortal, sino morir en cuerpo y alma, perder la vida misma, el bien máspreciado que Dios nos ha dado. Por esta razón, los evangelistas que, no obstante, tuvieron la intención de presentar a Jesús como el Hijo de Dios, no han tratado de suavizar lo terrible de su muerte completamente humana.

Aún más, si la vida ha de emanar de una muerte tan genuina como ésta, un nuevo acto divino de creación viene a ser necesario. Y este acto de creación llama de vuelta a la vida no sólo una parte del hombre, sino al hombre entero – todo lo que Dios había creado y que la muerte había aniquilado. Para Sócrates y Platón no es necesario un nuevo acto de creación. Pues el cuerpo es de hecho malo y no debe continuar viviendo. Y la parte que debe seguir viviendo, el alma, no muere en ningún momento.

Si queremos entender la fe Cristiana en la Resurrección, se debe descartar por completo el pensamiento griego de que lo material, lo corporal, es malo y debe ser destruido para que la muerte del cuerpo no venga a ser en ningún sentido una destrucción de la vida verdadera. Para los Cristianos (y Judíos) el pensamiento de la muerte del cuerpo es también la destrucción de la vida creada por Dios. No se hace distinción alguna: incluso la vida de nuestro cuerpo es la verdadera vida; la muerte es la destrucción de toda vida creada por Dios. Por lo tanto, es la muerte y no el cuerpo lo que debe ser conquistado por la Resurrección.

Sólo el que aprehende con los primeros cristianos el horror de la muerte, quien toma en serio la muerte como tal, puede comprender el júbilo de la Pascua de la comunidad cristiana primitiva y entender que todo el pensamiento del Nuevo Testamento está gobernado por la creencia en la Resurrección. La creencia en la inmortalidad del alma no es una creencia en un evento revolucionario. La inmortalidad, en efecto, es sólo una



afirmación negativa: el alma no muere, sino simplemente sigue viviendo. La resurrección es una afirmación positiva: el hombre entero, que realmente ha muerto, es llamado a la vida por un nuevo acto de creación por parte de Dios. ¡Algo que ha sucedido – un milagro de creación! Pues algo había sucedido con anterioridad, algo atemorizante: la vida formada por Dios había sido destruida.

La muerte en sí misma no es bella, ni siquiera la muerte de Jesús. La muerte antes de la Pascua es en realidad la cabeza de la muerte rodeada por el olor del pudrimiento. Y la muerte de Jesús es tan repugnante como el gran pintor Grünewald la retrató en la Edad Media. Pero precisamente por esta razón, el mismo pintor entendía cómo pintar, junto con ella, de una manera incomparable, la gran victoria, la Resurrección de Cristo: Cristo en el nuevo cuerpo, el cuerpo de la Resurrección. Quien pinta una muerte linda, no puede pintar resurrección alguna.

Quien no ha comprendido el horror de la muerte no puede unirse a Pablo en el himno de victoria: “Sorbida es la muerte – en victoria. Oh muerte, ¿dónde está tu victoria? Oh muerte, ¿dónde está tu aguijón?” (1 Corintios 15:54 sig.)....

Conclusión

La respuesta a la pregunta, “¿Inmortalidad del alma o resurrección de los muertos en el Nuevo Testamento?” es inequívoca. La enseñanza de los grandes filósofos Sócrates y Platón no puede de ninguna manera ponerse en consonancia con la del Nuevo Testamento.

¿Es el alma del hombre inmortal?

por Robert L. Kramer *

Los teólogos durante mucho tiempo han estado enseñando, y muchos cristianos han aceptado con poca inquietud o desafío, la teoría de que el alma del hombre es inmortal; de que hay algo vivo dentro de nuestros cuerpos mortales llamado alma que nunca morirá; que el alma del hombre nunca cesará de existir.

No es completamente seguro que San Agustín, quien vivió casi 400 años después de Cristo, fuera el primero en proponer esta teoría, pero es a menudo citado como una autoridad que la ha apoyado. Afirmó de manera clara y sin reservas, “Es absolutamente claro... el alma es inmortal.”

Los componentes de un hombre

Para responder a la pregunta, “¿Es el alma del hombre inmortal?” hay que formular dos preguntas, “¿Qué es el alma?” y “¿Qué es el hombre?”

Principalmente en base a 1 Tesalonicenses 5:23 muchos creen que el hombre está hecho de tres componentes – cuerpo, alma y espíritu. Si esta fuera la única instrucción Bíblica sobre el tema, podría ser una deducción válida.

Dos componentes en Génesis 2:7

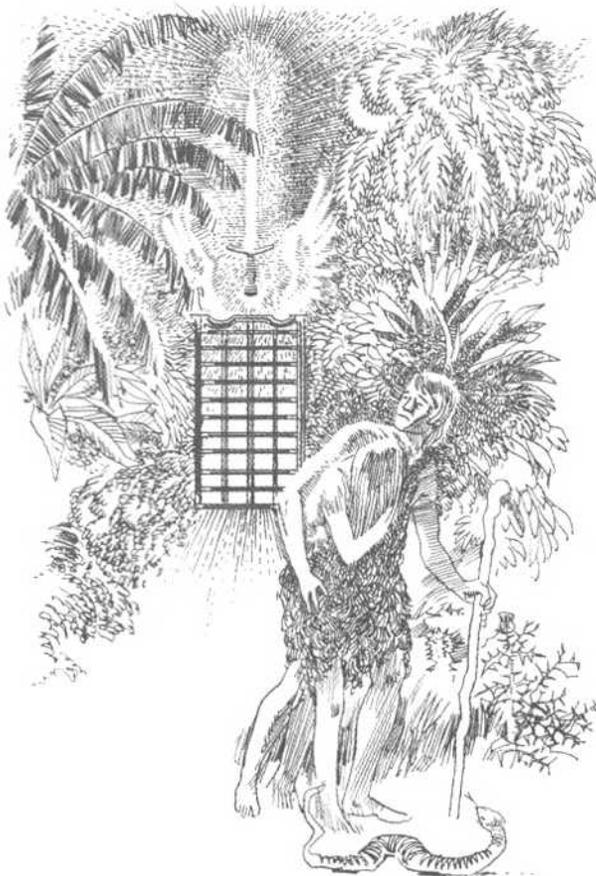
Sin embargo, se nos da un relato de la creación del primer hombre por el Creador que anuncia claramente que Adán fue hecho de dos componentes – un cuerpo y un espíritu. “*Dios formó al hombre del*

* Robert L. Kramer ha sido pastor durante 45 años en la Iglesia Evangélica Congregacional luego de haber estudiado en el Colegio Moravo y el Seminario Evangélico, Reading, PA y el Seminario Teológico Moravo, Bethlehem, PA. Ha escrito lecciones trimestrales para la Escuela Dominical de su denominación y artículos para el periódico de la iglesia, *The United Evangelical*. Al jubilarse del pastorado fue instado por su Superintendente de Distrito a buscar los medios de preservar y compartir sus enseñanzas con la comunidad cristiana en general. Para tal fin, comenzó a escribir y enviar una revista bimensual, lo que ha hecho durante 14 años. También se ha desempeñado como maestro de Biblia en reuniones campestres y en conferencias sobre profecías en Pennsylvania y Texas.

polvo de la tierra [el cuerpo], y sopló en su nariz aliento de vida [el espíritu] y fue el hombre un ser viviente [literalmente un alma]. Así pues, el alma no es una tercera parte, sino el producto final de la unión de los dos componentes. El espíritu dado por Dios colocado en el cuerpo creado por Dios, resulta en un alma viviente. El hombre no posee un alma; el hombre es un alma. Como Pablo escribió más tarde a la iglesia de Corinto: *“El primer hombre, Adán llegó a ser un alma”* (1 Cor. 15:45). El alma no existe aparte del espíritu y el cuerpo, sino que sólo existe cuando estos dos componentes se encuentran unidos.

Esta doble composición del hombre se revela de nuevo en las Escrituras cuando Koheleth (el predicador del Eclesiastés) nos informa de lo que sucede al morir. *“El polvo [cuerpo] vuelve a la tierra, como era, y el espíritu vuelve a Dios que lo dio”* (Ecl. 12:7).

Cuando entendemos que el hombre no posee un alma, sino que mas bien es un alma, entonces, hacer la pregunta, *“¿Es el alma del hombre inmortal?”* es en verdad simplemente preguntar, *“¿Es el hombre inmortal?”* Las Escrituras afirman claramente que no lo es. Éste no fue creado inmortal; y si así hubiera sido, no habría habido necesidad del árbol de la vida en el Edén. Además, Dios ha decretado, *“El alma que pecare, esa morirá”* (Eze. 18:4) y ha determinado que *“todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios”* (Rom. 3:23).



Tres Revelaciones acerca de la inmortalidad

#1. Sólo Dios es inmortal

Pablo de manera clara y decisiva dice de Dios que Él es *“el único que tiene inmortalidad, que habita en luz inaccesible”* (1 Tim. 6:16). Eso debería ser todo lo que se necesitaría para responder a la pregunta de una vez por todas. *“¿Es el alma del hombre inmortal?”* ¡Obviamente no!

Entonces, ¿cómo se atreve Agustín o cualquier otra persona a enseñar que es inmortal? Agustín danza con destreza

alrededor de 1 Timoteo 6:16 y lo priva de todo sentido al decir: “Se dice que el alma es inmortal, pero no como Dios lo es, de quien se afirma: ‘Que solo Él tiene inmortalidad’.” Agustín, como otros, desesperada y tercamente se aferra a su teología, aunque las Escrituras claramente lo niegan. Una persona es inmortal, o no lo es. En base a 1 Timoteo 6:16, debemos concluir que el alma del hombre no es inmortal. Que el alma del hombre no es inmortal se confirma con el decreto de Dios que declaró que “*el alma que pecare, esa morirá*” (Eze. 18:4).

2. *La inmortalidad estaba originalmente disponible*

Fue la intención original de Dios que el hombre pudiera llegar a ser inmortal como es evidente por el árbol de la vida plantado en el huerto del Edén (Gén. 2:9; 3:22). Si Adán hubiera comido de ese árbol habría vivido para siempre. Después de que Adán y Eva pecaron, fueron retirados del jardín y el árbol de la vida fue vigilado a fin de que ya no estuviera disponible para la humanidad pecadora.

La enseñanza consistente de la Biblia es que, a causa del pecado, el hombre sigue siendo mortal, destinado a morir (Gén. 2:17; Eze. 18:04 y Rom. 6:23).

3. *Jesús hizo la inmortalidad disponible nuevamente*

La buena noticia es que Jesús “*ha abolido la muerte y trajo la vida y la inmortalidad a la luz a través del evangelio*” (2 Tim. 1:10). Si bien no poseemos la inmortalidad ahora, podemos buscarla y alcanzarla. El evangelio es que “*Dios va a dar... vida eterna a los que buscan gloria y honra e inmortalidad*” (Rom. 2:5-7). Vamos a ser inmortales por la fe en el Hijo de Dios, Jesús. Aquel que cree en Él “*no se pierda, mas tenga vida eterna*” (Juan 3:16).

Sin embargo, no nos apresuremos saltando a una conclusión errónea acerca del momento en que nos tornamos en inmortales. No se produce al momento de la conversión (el nuevo nacimiento) como generalmente se cree y enseña. Si ese fuera el caso, ningún cristiano moriría físicamente jamás. Las Escrituras son muy claras en que llegamos a ser inmortales en el retorno de Cristo, cuando todos los creyentes sean resucitados o raptados. En ese momento “*todos seremos transformados*” en un momento a la final trompeta. “*Y [luego] esto mortal se vista de inmortalidad*” (1 Cor. 15:51-53). Esto sucedará cuando veamos a Jesús regresar (1 Juan 3:2). Su venida no será ni sorpresiva como un abrir y cerrar de ojos, ni secreta, porque todo ojo lo verá venir. Jesús había anunciado a sus discípulos que, si bien recibirían muchas recompensas en el presente, deberían esperar hasta su venida para recibir la vida eterna (Mar. 10:30).

¿Importa?

¿Importa si entendemos que el alma del hombre no es inmortal por naturaleza y que los creyentes cristianos no se tornarán en inmortales hasta la resurrección y el rapto? Toda la verdad está inter-relacionada. Una doctrina impacta sobre otras doctrinas. Una comprensión adecuada de la inmortalidad impacta en otras cuestiones doctrinales:

1. *Afecta la doctrina de la seguridad eterna*

Uno de los argumentos utilizados para apoyar la teoría de la seguridad eterna es la suposición de que cuando uno se convierte entonces posee la vida eterna y que, por definición, no puede ser interrumpida o terminada. Sin embargo, como hemos afirmado en base a 1 Corintios 15:51-53 y Marcos 10:30, el creyente cristiano no llega a ser inmortal y experimentar la vida eterna sino hasta que Jesús regrese. Hasta entonces, en tanto nos encontramos en la carne, somos mortales y podemos morir tanto espiritual como físicamente.

Muchos están confundidos y engañados por el hecho de que Juan (y sólo Juan) en varios textos dice que tenemos vida eterna ahora en tiempo presente. Juan cree que Jesús es la encarnación de la vida eterna, y que cuando uno recibe a Jesús por la fe, recibe la vida eterna. El equipara tener a Jesús con tener la vida eterna. Contamos con la vida eterna ahora como una herencia prometida pero que aún no la experimentamos. Fui dueño de la casa en la que estoy viviendo ahora una cantidad de años antes de haberme jubilado y mudado a ella. Tenía una escritura que acreditaba su posesión,



aunque no me mudé a vivir en dicha casa hasta mi jubilación. Como cristianos tenemos una escritura a la vida eterna, una herencia prometida, a la que todavía no nos hemos mudado. Apocalipsis 22:14 dice: “*Los que lavan sus vestiduras para tener derecho al árbol de la vida*”, pero aún no comen de él. Contamos con la vida eterna como una herencia y una esperanza (Tito 1:2; 3:7). Jesús lo tiene en depósito, en garantía, para nosotros.

#2. Afecta nuestra comprensión de la naturaleza de la muerte y de nuestra existencia futura

El hombre ha vivido siempre en un cuerpo y continuará viviendo en un cuerpo eternamente. Fue creado originalmente como un espíritu divinamente otorgado, morando en un cuerpo divinamente moldeado. No nos atrevemos a sucumbir a la tentación de pensar acerca de la vida en el cielo y en el nuevo cielo y tierra como si fueran un vapor, un fantasma, o una existencia irreal. No somos ahora, ni jamás seremos, espíritus sin cuerpo. La vida en el cielo y en el nuevo cielo y tierra donde pasaremos la eternidad no será tan diferente en forma y naturaleza de la vida tal como la conocemos actualmente. Será mejor en todos los aspectos de la vida aquí y ahora. Será una vida como ahora la experimentamos – pero con todo y todos en un estado de perfección.

En la muerte el cuerpo físico es dejado a un lado y vuelve a la tierra en el entierro, mientras que el espíritu vuelve inmediatamente a Dios que lo dio (Ecl. 3:21; 12:7; 2 Cor. 5:1-4).

Cuando Cristo regrese, Él traerá con Él a los espíritus de los creyentes que han muerto para que puedan recibir un cuerpo resucitado adecuado para la reanudación de la vida. Será “*no el cuerpo que fue sepultado*”, sino un cuerpo dado por Dios, ya que será imperecedero, de gran alcance, glorificado, espiritual e inmortal (1 Cor. 15:37-38, 52-54). Los cristianos que aún vivan en la tierra en ese momento serán transformados instantáneamente y poseerán el mismo tipo de cuerpo.

El nuevo cuerpo se describe como semejante al cuerpo glorificado de Cristo en Filipenses 3:21. En su cuerpo glorificado comió los alimentos y bebidas que eran comunes a la humanidad; se apareció a la gente en distintos lugares y desapareció, aparentemente al instante; tocó y se mezcló con otros que no tenían cuerpos glorificados y ascendió y descendió entre el cielo y la tierra.

Es probable que después del juicio final, ocupemos el nuevo cielo y tierra con ese mismo cuerpo glorificado y perfeccionado. La vida para los hijos de Dios no será nunca una monótona, fantasmal existencia misteriosa, sino una vida gozosa, variada, emocionante, gratificante y maravillosa más allá de nuestra imaginación como almas inmortales compuestas por espíritus divinamente otorgados por Dios en cuerpos también divinamente otorgados.



#3. Afecta nuestra comprensión de la naturaleza y el propósito del infierno

Yo solía creer y enseñar lo que es aún la creencia generalizada de que los pecadores serán sometidos a tormento por toda la eternidad en el infierno. En base a lo que realmente dicen las Escrituras sobre el tema ya no creo eso. Para que los pecadores puedan ser conscientemente atormentados para siempre, significaría y requeriría que también se volvieran inmortales y que nunca cesaran de existir. En ninguna parte las Escrituras se afirma que así será.

En lugar de ser atormentados en el infierno para siempre, las Escrituras profusa y claramente dicen que serán destruidos y pasarán por la experiencia de una segunda muerte (Mat. 10:28; Lucas 13:3-5; Juan 3:16; Rom. 9:22; Fil. 3:19; 2 Pedro 3:7; Hech. 3:23; 2 Tim. 1:10). Juan el Bautista dijo que los malvados son como paja que se “quemará” (Mat. 3:12).

Cuatro textos adicionales comprueban firmemente que los impíos serán destruidos en el infierno:

Hebreos 10:27 dice que el fuego los consumirá, es decir, los quemará hasta que no sean más.

Apocalipsis 20:14-15 informa que en el juicio final se describe al infierno como la segunda muerte, no como un tormento sin fin.

Lucas 10:28 y **Mateo 12:5** dicen que Jesús advirtió a los discípulos a temer a Dios porque Él tiene la autoridad y el poder “para echarnos a un infierno en donde él es capaz de destruir el alma y *el cuerpo [la persona en su totalidad]*”.

1 Timoteo 6:16 y **1 Corintios 15:50-57** afirman que sólo Dios es inmortal y el hombre en su estado natural es mortal. Mientras que aquellos que creen en Cristo heredarán la inmortalidad, los malvados no; y, por tanto, no podrán existir para siempre. En lugar de experimentar tormento eterno, serán destruidos para siempre.

Conclusión

La pregunta “¿Es el alma del hombre inmortal?” en realidad está diciendo, “¿Es inmortal el hombre?” Las Escrituras afirman claramente que no lo es. Este no fue creado inmortal. Fue, sin embargo, la intención original de Dios que el hombre se tornara en inmortal como es evidente por el árbol de la vida plantado en el jardín del Edén. Si Adán hubiera comido del árbol, hubiera vivido para siempre. Después de que Adán y Eva pecaron, fueron retirados del jardín y el árbol de la vida fue vigilado a fin de que ya no estuviera disponible para la humanidad pecadora. A causa del pecado, el hombre sigue siendo mortal, destinado a morir. Los creyentes cristianos no se convierten en inmortales hasta la resurrección y el rpto. Como cristianos tenemos un título a la vida eterna, una herencia prometida, a la que todavía no nos hemos mudado. Apocalipsis dice: “Los que lavan sus vestiduras para tener derecho al árbol de la vida”, pero aún no comemos de él. Contamos con la vida eterna como una herencia y una esperanza. Jesús la tiene para nosotros, los que creemos al Evangelio de nuestra salvación.



Entre la muerte y la Resurrección

por Philip Edgcumbe Hughes *

Mientras llega el día último, continuamos viviendo en la expectación – y morimos en esa expectación. Así como las personas son inexorablemente arrastradas por la muerte y generación sigue a generación, es natural preguntarse qué sucede con el cristiano en el intervalo entre la muerte y resurrección. ¿Qué sabemos acerca de lo que comúnmente se llama el estado intermedio? Mientras buscamos la respuesta a esta pregunta hay que reconocer que el Nuevo Testamento no proporciona mucha información sobre el tema, sin embargo, se dice lo suficiente como para que nos permita formarnos una concepción positiva. Para empezar, la muerte es a menudo descrito como un sueño. Cuando, por ejemplo, Jesús dijo a sus discípulos, “Nuestro amigo Lázaro duerme, pero voy a despertarlo del sueño”, explicó que quería decir, “Lázaro ha muerto” (Juan 11:11-14, cf. . Mat. 27:52, Hechos 7:60; 13:36; 1 Cor. 15:6, 51; 1 Tes. 4:13-15; 2 Ped. 3:4). La costumbre bíblica de comparar la muerte con un sueño no tenía la intención de disfrazar eufemísticamente la cruda realidad de la finitud del hombre mortal. La similitud sirvió adecuadamente para enseñar que los que mueren en el Señor están en reposo (como se le instruyó a San Juan que escribiera: “Bienaventurados... los muertos que mueren en el Señor. Sí, dice el Espíritu, descansarán de sus trabajos...” Apoc. 14:13), y aún más la verdad de que así como el dormir es seguido por el despertar, así el creyente cristiano tiene la certeza de que, aunque superado por la muerte, él va a despertar en la resurrección a la plenitud de la vida en la presencia y a la imagen de su Redentor...

...Los autores bíblicos, sin embargo, contemplan el cielo y el infierno como los destinos finales de los redimidos y los no regenerados, y el tiempo entre la muerte y la resurrección general como un tiempo de espera

* Philip Edgcumbe Hughes era un clérigo anglicano y profesor visitante en el Seminario Teológico Westminster (Filadelfia) Este artículo fue extraído de su último libro, *The True Image – The Origin and Destiny of Man in Christ* (La Verdadera Imagen – el origen y destino del hombre en Cristo), publicado en 1989, poco antes de su muerte. Aquí hemos incluido porciones tomadas de las páginas 393-401, de los capítulos titulados “Entre la muerte y la resurrección” y “La inmortalidad del alma.” Ellas se han reimpresso con el permiso de Wm. B. Eerdmans Publishing Company (Grand Rapids, MI). Le recomendamos este libro polémico.

(una visión con la que los Reformadores estaban de acuerdo). La pregunta es si el relato del hombre rico y Lázaro, transmite, o pretende transmitir, la enseñanza sobre el estado intermedio o no. Su principal lección acerca del futuro es, sin duda, que es esta vida presente por la cual cada persona es responsable, que en la muerte se hace la separación irrevocable, y que de ahí en adelante entramos en el descanso y la seguridad o en la angustia y la perdición (Lucas 16:19 sigs)...

Y en 2 Corintios 5:1-9 San Pablo compara nuestra presente existencia corporal con una tienda terrenal que se dismantela en la muerte y la contrasta con el edificio celestial eterno, el del cuerpo glorioso de la resurrección que Dios ha preparado para los que están en Cristo. Aquí, de hecho, se revela una preferencia más allá de la que se menciona en Filipenses 1:23, es decir, la de seguir con vida al momento del regreso de Cristo, y así evitar la experiencia de un estado intermedio de existencia. “Gemimos,” escribió, “deseando ser revestidos [por encima de la vivienda actual terrenal] de aquella nuestra habitación celestial” (como ponerse un abrigo por encima de un terno); y el propósito de este anhelo fue “porque no quisiéramos ser desnudados,” es decir, despojados de nuestro cuerpo, porque ese despojamiento disocia la integridad de la verdadera naturaleza del hombre, que es tanto corporal como espiritual a la vez. El Apóstol hubiera preferido no tener que someterse a esta experiencia de “desnudez” que se extiende desde la muerte hasta la resurrección. Esto demuestra de manera concluyente que las ideas de Pitágoras o la noción gnóstica de que el alma necesita ser liberada del cuerpo eran completamente ajenas a su pensamiento. El gemir mientras estamos en esta tienda presente, explicó, “no es que quisiéramos ser desnudados”, es decir, deshacerse de la



existencia corporal, “sino revestidos,” o sobre-investidos, eso es, con el cuerpo glorificado que Dios ha preparado para nosotros, “para que lo mortal sea absorbido por la vida,” es decir, por la transformación del presente cuerpo terrenal en el cuerpo celestial glorioso sin pasar por la muerte y el estado intermedio...

...el hombre como originalmente fue creado tenía a la vez el potencial

de inmortalidad como el de mortalidad. Estrechamente alineado con este concepto es el de haber sido creados potencialmente libres de pecado, y también potencialmente pecaminosos. La posibilidad de pecar implicaba la posibilidad de su morir, así como la posibilidad de que no pecara involucra la posibilidad de su no morir. Como hemos señalado anteriormente, esto no quiere decir que el hombre fue creado originalmente en un estado de neutralidad entre la justicia y el pecado, y entre el vivir y el morir, ya que, por el contrario, su creación a la imagen de Dios, que es el vínculo de su comunión personal con su Creador, puso su existencia muy positivamente en el ámbito de la piedad y la vida. Su concurrencia amorosa y agradecida con la voluntad de Dios, que es la fuente de su vida y bienaventuranza, hubiera asegurado la continuación de su existencia en una bendición sin nubes mientras se conformaba a aquella imagen en la que estaba constituido. Fue por su rebelión contra su Creador por lo que pasó de una relación positiva a una negativa trayendo la maldición sobre sí mismo. Su muerte, que es la suma de esa maldición, es también la evidencia de que el hombre no es inherentemente inmortal.

El afirmar que sólo el alma humana es en sí misma inmortal es mantener una posición que no está aprobada en lugar alguno en la enseñanza de la Escritura, pues en el ámbito bíblico la naturaleza humana es siempre vista integralmente, compuesta de lo espiritual y de lo corporal. Si esto no fuera así, toda la doctrina de la encarnación y de la muerte y resurrección del Hijo sería despojada de significado y de realidad. El hombre es esencialmente una entidad corpóreo-espiritual. La advertencia de Dios en el principio, con respecto al árbol prohibido, “el día que de él comieres, ciertamente morirás,” se dirigió al hombre como un ser corpóreo-espiritual – en caso de que él comiera era, como tal, que moriría. No hay sugerencia alguna de que una parte de él fuera inmortal y que, por lo tanto, su muerte sería sólo en parte.

La inmortalidad, en consecuencia, de la cual el cristiano tiene la seguridad, no es inherente a sí mismo ni a su alma, sino que es otorgada por Dios y es la inmortalidad de la persona entera en la plenitud de su humanidad, corporal y como espiritual. Esta inmortalidad, no ganada por nosotros, se ha ganado para nosotros por el Hijo encarnado que, al participar de la naturaleza humana en su plenitud, tanto física como espiritual, y al morir nuestra muerte, anuló el poder del diablo y quitó de nosotros el temor y el aguijón de la muerte (Heb. 2:14 sig.; 1 Cor. 15:55 sig.). Nuestra nueva vida en Cristo, que incluye nuestra resurrección final a la vida y la inmortalidad, se debe por completo a Dios y a su gracia. *Dios es el único que tiene inmortalidad* y por lo tanto el único que puede ser adecuadamente descrito como inmortal (1 Tim. 6:15-17; Rom. 1:23). Y debemos nosotros confesar, como lo hizo el Apóstol, que en virtud del propósito y la gracia de Dios “nuestro Salvador Jesucristo... quitó la muerte y sacó a luz la vida y la inmortalidad por el evangelio” (2 Tim. 1:9 sig.). La inmortalidad que fue potencialmente nuestra en la creación y que se perdió en la caída es ahora realmente nuestra en Cristo, en quien somos creados de nuevo y llevados a nuestro verdadero destino.



¿Cuándo recibimos el galardón? *

El desarrollo dentro de la iglesia del concepto de poder alcanzar nuestro galardón en forma privada o individual ha erosionado la importancia absoluta que el Nuevo Testamento da al retorno de Jesús. Afirmar simplemente que al morir el creyente parte para estar con Cristo (Fil. 1:23) o que el espíritu vuelve a Dios, quien lo dio (Ecl. 12:7), es una cosa, pero construir a partir de estos pasajes sin mayor detalle el concepto de recibir individualmente nuestro galardón en el día de nuestra muerte es enteramente otra cosa. Con frecuencia se afirma que en la muerte el creyente recibe su galardón totalmente aparte de la segunda venida de Jesucristo. Así de esta manera la venida de Cristo y la resurrección del último día son relegados a un apéndice insignificante. Cuando esto ocurre el miembro común y corriente de la iglesia piensa mucho más en su *salida* (su partida o muerte) que en la *venida* de Cristo y la “tanatología” (el estudio de la muerte) toma el lugar de la escatología (el estudio de los eventos finales).

Día de recompensas

Aunque se ha vuelto popular (y por desgracia, sentimentalmente popular) hablar del día de la muerte del creyente como el día de su recompensa, ¿es esto bíblico? A. J. Gordon ha dicho muy bien:

* Este artículo escrito por el ex-editor se extrae de una edición anterior de **Present Truth** (Vol. 3 # 4).

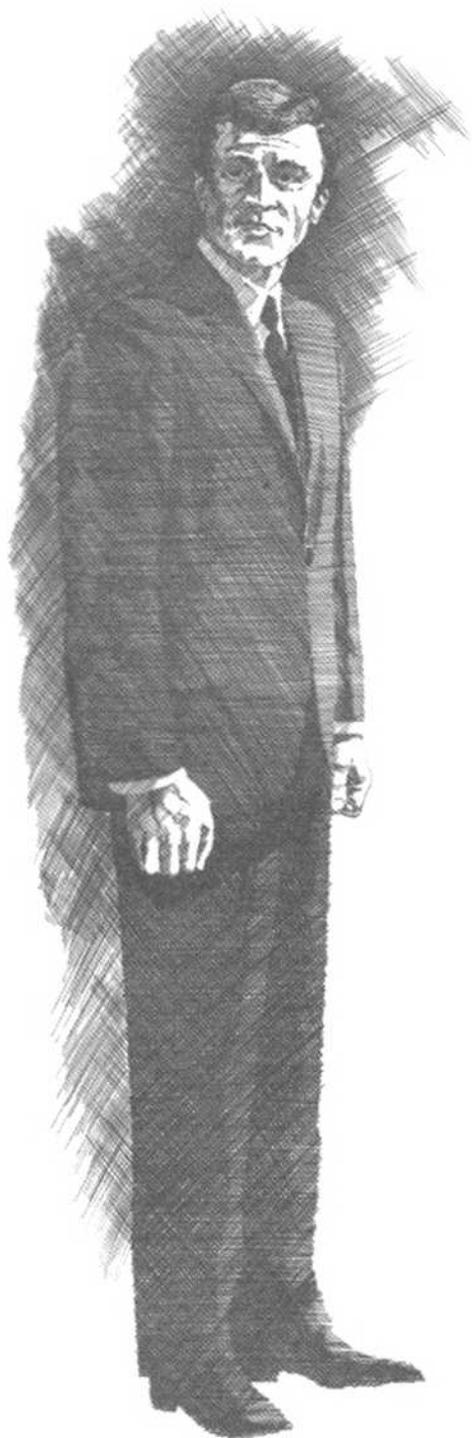
“No rechazamos, a causa de una falsa humildad, la doctrina de las recompensas que la Escritura tan fuertemente enfatiza. Pero ¿dónde? y ¿cuándo? son dos preguntas importantísimas. Constantemente escuchamos del difunto, “Ha recibido su recompensa (galardón).” Pero del testimonio de la Palabra de Dios díganos ¿en qué pasaje se indica que el creyente debe esperar su recompensa en el momento de la muerte? Se enseña a aspirar a una corona. Pero no debemos inferir que porque se dice, ‘Sé fiel hasta la muerte’, – o sea hasta el punto de experimentar el martirio por Mi, – ‘y yo te daré la corona de la vida’ que el día de nuestra muerte es el día de nuestra coronación, y de que San Sepulcro ha sido comisionado especialmente para presidir en esta coronación. A los que comparten tristeza y sufrimientos con Cristo en esta vida para rescatar almas, les es prometida una corona de regocijo. Pero ¿cuándo? ‘Porque ¿cuál es nuestra esperanza, o gozo, o corona de que me gloríe? ¿No lo sois vosotros, delante de nuestro Señor Jesucristo, en su venida?’ (1 Tes. 2:19). Para aquellos que han escogido la porción de sufrimientos con Cristo en este mundo, como rebaño pequeño, está escrito: ‘Y cuando aparezca el Príncipe de los pastores, vosotros recibiréis la corona incorruptible de gloria’ (1 Ped. 5:4). Para el soldado fiel, que ha peleado la buena batalla, y acabado la carrera, y guardado la fe, la confianza es: ‘Por lo demás, me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, *en aquel día*; y no sólo a mí, sino *también a todos los que aman su venida*’ (2 Tim. 4:8). Y de aquella otra corona – la cuarta – no se menciona el tiempo de su entrega: ‘Bienaventurado el varón que soporta la tentación; porque cuando haya resistido la prueba, recibirá la corona de vida, que Dios ha prometido a los que le aman’ (Sant. 1:12). Pero es evidente que la ‘corona vitae’ será dada en el advenimiento de Cristo, cuando para siempre ‘Sorbida es la muerte en victoria,’ y no en nuestra muerte, cuando por el momento la vida es sorbida en derrota.

“Te será recompensado en la resurrección de los justos”, dijo nuestro Señor, hablando de las buenas obras que se hace a los pobres. Pero, a la luz de otras Escrituras, podemos decir que no hay ninguna promesa que tenga una aplicación tan general. Si la muerte es el pago de la deuda de la naturaleza, entonces la primera resurrección cuando nuestro Señor aparece, será el pago total de la deuda de la gracia. Porque este evento nos devolverá todo lo que hemos perdido: nuestros amigos en Cristo, mirando y hablando como solían, nuestra herencia en una tierra renovada y glorificada, y el templo de nuestro cuerpo, ya no como una casa dividida contra sí misma a causa del conflicto del pecado, sino resucitado y re-dedicado con una gloria sobresaliente. La redención que Cristo da no es un arreglo (o acuerdo) con la Muerte, sino un reembolso de todo lo que nos ha robado, – un reembolso completo, exigido por la demanda de la expiación, de nuestra herencia defraudada. “– A. J. Gordon, *Ecce venit* (Londres.: Hodder & Stoughton , 1890), pags.30-43.

El hombre integral

Si consideramos categorías Bíblicas debemos ver al hombre en forma *integral*. Dios creó a un hombre entero. Fue el hombre entero el que pecó, y es el hombre entero el que pasa bajo la pena de muerte. Sobre este punto el Dr. Helmut Thielicke expresa la opinión de una erudición mucho mas moderna (o actualizada) que ha regresado hacia una antropología de corte más Hebraico:

“En consecuencia, no me atrevo a considerar mi muerte, aún bajo el velo biológico, como algo que ya no afecta mi ser real, pues soy inmortal, y que fluye pasando por alto mi alma. No; sino que todo mi ser va a la muerte. Nada me da el derecho de rechazar la totalidad del hombre, la cual proclaman las Escrituras en conexión con el desastre de la muerte, y de dividir esa totalidad, de repente, en cuerpo y alma; o sea en un segmento de mi persona perecedero y otro imperecedero. Pero como cristiano, yo voy a esta muerte con la plena confianza de que no puedo permanecer allí, dado que soy uno a quien Dios ha llamado por nombre y que por consiguiente seré llamado de nuevo en el Día de Dios. Estoy bajo la protección del Resucitado. No soy inmortal pero espero mi propia resurrección...



“En este punto el entendimiento bíblico de los reformadores respecto a la justificación alcanza, por decirlo así, su punto culminante. Así como me presento con las manos vacías delante de Dios y permanezco en pie, así como sólo puedo suplicarle a Dios que, sin embargo, me acepte, de esta misma manera me muevo hacia mi muerte con las manos vacías y sin ninguna sustancia inmortal en mi alma, sino únicamente con mi mirada enfocada en la mano de Dios y con la petición en los labios, ‘Mano que perdurarás, sosténme aún más.’”
— *Death and Life* (Philadelphia: Fortress Press, 1970), págs. 198, 199.

Cristo murió para redimir al hombre entero. La redención no es completa hasta “la resurrección de los muertos”. El erudito luterano, Dr. Paul Althaus dice:

“La esperanza de la iglesia primitiva se centraba en la resurrección del Día Final. Es ésta la que por vez primera llama los muertos a la vida eterna (1 Cor. 15; Fil. 3:20, 21). Esta resurrección se efectúa para el hombre entero, no sólo para el cuerpo. Pablo habla de la resurrección, no “del cuerpo”, sino “de los muertos”. Este entendimiento de la resurrección entiende implícitamente a la muerte como algo que también afecta al hombre total...



“Así que los conceptos bíblicos originales fueron sustituidos por ideas del dualismo helenístico gnóstico. La idea del Nuevo Testamento de una resurrección que afecta la totalidad del hombre ha tenido que dar paso a la inmortalidad del alma. También pierde significado el Día Final, porque las almas ya recibieron todo cuanto era decisivamente importante mucho antes de éste. Ya no se dirige la tensión escatológica con fuerza hacia el Día de la venida de Jesús. Es muy grande la diferencia entre esto y la esperanza del Nuevo Testamento.”
– Paul Althaus, *The Theology of Martin Luther* (Philadelphia: Fortress Press, 1966), pág. 413-414.

Dice el respetado erudito bíblico, William Barclay:

“La palabra para resurrección, *anastasis*, ocurre unas cuarenta veces en el Nuevo Testamento. Se utiliza ocho veces para la resurrección de Jesús. Cuando se utiliza en referencia a los hombres aparece simplemente como la resurrección catorce veces; once veces va acompañada de *nekron* o *ton nekron*, lo que significa la resurrección de los muertos; dos veces aparece como la resurrección *ek nekron* o *ek ton nekron*, que significa la resurrección de entre los muertos o desde de entre los muertos. En cinco ocasiones tiene frases descriptivas combinadas con ella: la resurrección de los justos (Lucas 14:14); la resurrección de la vida y la resurrección de condenación (Juan 5:29); la resurrección de los justos y de los injustos (Hechos 24:15); la primera resurrección (Apocalipsis 20:5, 6). Casos típicos de las palabras son la resurrección sólo, Mateo 22:23, 28, 30; Marcos 12:18, 23; Lucas 20:27, 33; Juan 11:24, 25; Hechos 17:18; 23:8; 2 Timoteo 2:18; la resurrección de los muertos, Mateo 22:31, Hechos 17:22; 23:6; 24:21, 26:23, 1 Corintios 15:12, 13, 21, 42; la resurrección de entre los muertos, Lucas 20:35, Hechos 4:2. La Escritura no habla de la resurrección del cuerpo ni de la resurrección de la carne.” – *The Plain Man Looks at the Apostles' Creed* (El hombre normal considera el Credo de los Apóstoles) (Londres y Glasgow: Collins Press, 1967), pág. 334.

Según señaló Guillermo Tyndale, Reformador Inglés y padre de la Biblia Inglesa, San Pablo no confortó a los deudos con una doctrina etérea de existencia espiritual, sino que los condujo a arraigar su esperanza en la venida de Cristo y la resurrección. (1 Tes. 4:15-17).

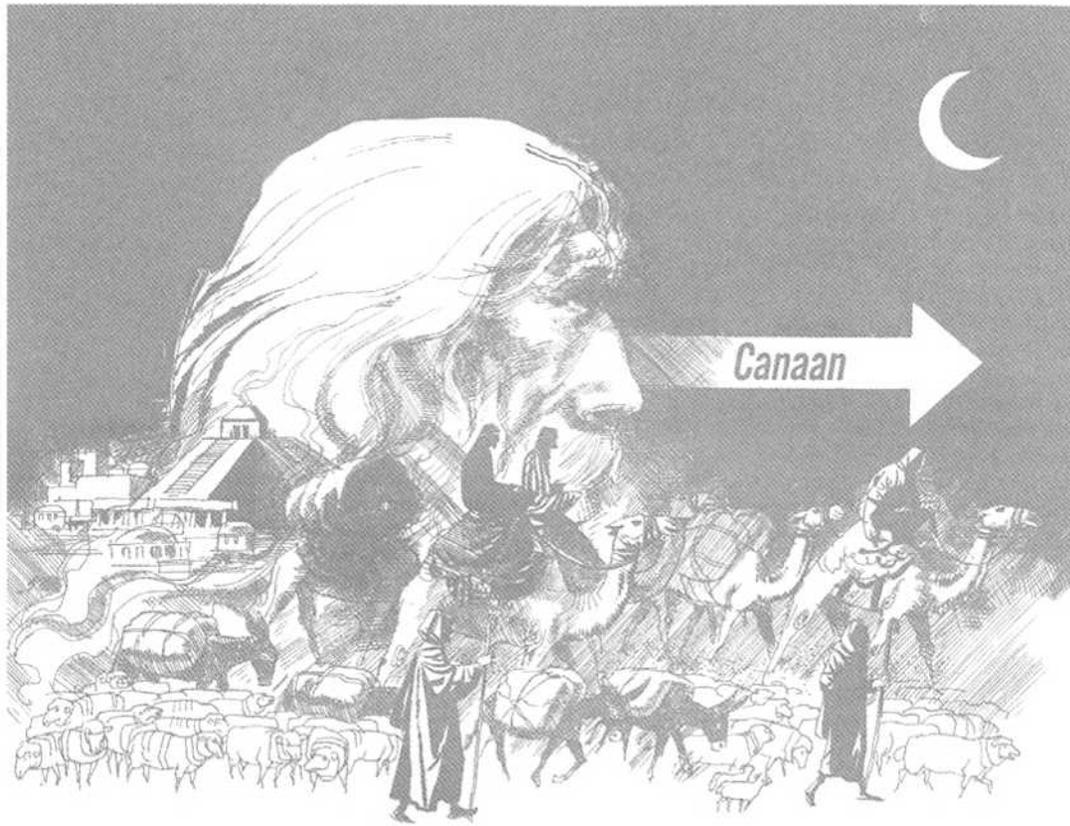
Por último, citamos *A Theological Word Book of the Bible*, editado por Alan Richardson, D. D. (art. F. J. Taylor, "Immortality" [La inmortalidad]):

"Los escritores de la Biblia, aferrándose a la convicción de que el orden creado debe su existencia a la sabiduría y el amor de Dios y por lo tanto es esencialmente bueno, no podían concebir a la vida después de la muerte como una existencia sin cuerpo ('no seremos hallados desnudos', 2 Cor. 5:3), sino como una renovación bajo nuevas condiciones de la unidad íntima de cuerpo y alma, que fue la vida humana como ellos la conocían. Por lo tanto la muerte (qv) fue considerada como la muerte del hombre entero, y frases tales como 'libertad de la muerte', 'imperecedero' o 'inmortalidad' sólo podían ser utilizadas adecuadamente para describir lo que se entiende por la expresión del Dios eterno o viviente (vease VIDA, VIVIENTE), 'el único que tiene inmortalidad' (1 Tim. 6:16). El hombre no posee en sí mismo esta cualidad de imperecedero, sino que debe, si quiere superar el poder destructor de la muerte, recibirla como el don de Dios, quien resucitó a Cristo de entre los muertos, y puso a un lado la muerte como si fuera un vestido que cubre (1 Cor. 15:53-4). Es a través de la muerte y resurrección de Jesucristo que esta posibilidad para el hombre (2 Tim. 1:10) ha sido sacada a luz y la esperanza confirma que la corrupción (Rom. 11:7), que es una característica universal de la vida humana, será vencida efectivamente. (V también INFIERNO, RESURRECCIÓN)." – pags. 111, 112.



El cuerpo de Cristo

Hay una razón adicional por la que el Nuevo Testamento se centra en un solo día universal de redención. El creyente es sólo una parte del cuerpo de Cristo que será libertado de la esclavitud de corrupción en ese día. Mientras que un miembro sufra, todo el cuerpo también lo hace. Cuando captemos esta idea entenderemos que la redención final es recibida por todo el cuerpo al mismo tiempo. No llegaré a la tierra prometida antes que mis hermanos. Tampoco el Israel de Dios entrará en la Canaán celestial a menos que lleve los huesos de José con él.



En el capítulo 8 de Romanos Pablo muestra que todos los elegidos gimen y esperan juntos el gran día de redención final (Rom. 8:18-23). Este espíritu de unidad corporal también llena el Antiguo Testamento. Moisés no aceptó la salida de Egipto de los varones de Israel solamente. Daniel rogaba por la liberación de su pueblo – no hubiera gozado obteniendo solo su propia libertad. Jesús también nos enseñó a orar, “Venga tu reino.” San Pablo escribe que cuando Cristo viene, los vivos “no precederemos a los que durmieron... seremos arrebatados juntamente con ellos...” 1 Tes. 4:15-17. Juan, el revelador, indica que los muertos en el Señor descansan (Apoc. 14:13). El autor de Hebreos habla claro cuando concluye el capítulo sobre los fieles antepasados diciendo, “...aunque alcanzaron buen testimonio mediante la fe, no recibieron lo prometido; proveyendo Dios alguna cosa mejor para nosotros, para que no fuesen ellos perfeccionados aparte de nosotros.” Heb. 11:39, 40.

El estado intermedio

Magnificar un concepto de escatología individual en cuanto al estado intermedio y relegar la Segunda Venida a un apéndice insignificante es glorificar la muerte y menospreciar la resurrección. Si el “estado intermedio” no es **1)** el día del *galardón*, ni **2)** la plenitud de la *redención*,

ni 3) la *liberación* de la corrupción, entonces se nos insta a considerar lo que realmente es. ¿Qué revela la Biblia además de que aquellos que han muerto en el Señor están “con Cristo”; que su espíritu – su carácter o identidad – ha retornado a Dios para ser preservado; que descansan de sus trabajos; y que duermen en Jesús (Apoc. 14:13; 1 Tes. 4:14)? Una cosa es clara – no son redimidos como una realidad experimental hasta que Cristo viene.

Más que ningún otro Reformador, Martín Lutero enfocó con claridad y urgencia el día final. Así como veía la justicia así también entendía que la inmortalidad se encontraba fuera del hombre. Esto no implica que concluyera que el muerto cesaba de existir. La persona con quien Dios desea comunicarse, en amor o en ira, no puede cesar de existir. La inmortalidad no reside en la naturaleza del hombre sino en Cristo y en su Palabra de promesa. Note como Lutero entendía el lapso entre la muerte y la resurrección:

“De la misma manera que un hombre se duerme y sigue durmiendo profundamente hasta la mañana sin saber cuando despierta lo que ha pasado, así nosotros nos levantaremos repentinamente en el Día Final; y no sabremos como ha sido la muerte ni como la hemos atravesado... Dormiremos hasta que él [Cristo] venga y toque la tumba y diga, ‘Doctor Martín, levántese’. Entonces me levantaré en un momento y estaré eternamente feliz con Él.” – Althaus, *op. cit.* págs. 414, 415.

Lutero rechazó el concepto de la iglesia medieval de que el alma es inmortal de por sí, llamando a estas ideas “opiniones monstruosas” del “estercolero romano de decretos.” – Martín Lutero, *La afirmación de todos los artículos erróneamente condenados en la bula romana*, 29 de Noviembre de 1520.

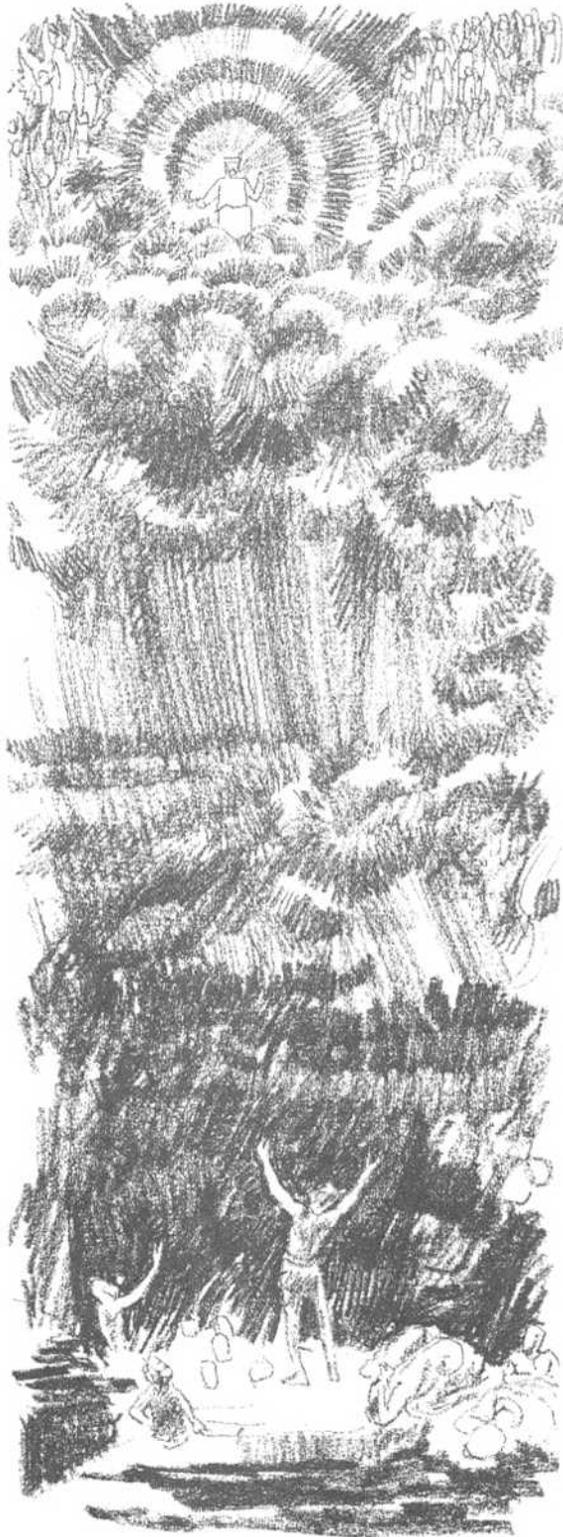
En cuanto a la noción popular de que las almas de los justos tienen el pleno disfrute de los cielos antes de la resurrección, Lutero caprichosamente comentó: “¡Se necesitaría que el alma fuera necia para que deseara unirse con su cuerpo cuando ya se encuentre gozando el cielo!” – *D. Martín Lutero Werke*, ed. Tischreden (Weimar, 1912-1921), pág. 5534, citado por Althaus, *op. cit.*, pág. 417. Dijo más:

“Ahora bien, si uno dice que el alma de Abraham vive con Dios pero su cuerpo está muerto, esta distinción es una tontería. Yo lo ataco. Hay que decir, el Abraham entero, el hombre entero, vivirá. De otra manera es arrancar una parte de Abraham y decir de ésta, “que vive”. – *Table Talk*, citado por Althaus, *op. cit.*, pág. 447.

Como Althaus señala, “Lutero en general comprende el estado entre la muerte y la resurrección como un sueño profundo, sin sueños, sin conciencia ni sentimientos.” – Althaus, *op. cit.*, pág. 414. Lutero dijo:

Los eventos finales son la manifestación explícita de lo que el evangelio ganó. Lo que el cristiano espera en los últimos días ha sido

cumplido en, y para, y por Cristo en su vida terrenal. Lo que fue prometido a Abraham y a su simiente ha sido entregado a Cristo porque como Simiente de Abraham El hizo todas las cosas que Jehová dijo y obedeció.



La redención, salvación, justicia, incorrupción, e inmortalidad que todo creyente tiene actualmente en Cristo solamente por fe, la recibirá para sí en la glorificación. Mientras la iglesia espera al Esposo sabe que las promesas son ciertas porque han sido cumplidas en su Cabeza y Representante. Cristo promete a su pueblo: “Yo vengo pronto, y mi galardón conmigo, para recompensar a cada uno según sea su obra.” Apoc. 22:12.

Porque la gracia de Dios se ha manifestado para salvación a todos los hombres, enseñándonos que, renunciando a la impiedad y a los deseos mundanos, vivamos en este siglo sobria, justa y piadosamente, aguardando la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa aparición de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo, quien se dio a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad, y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras. Esto habla, y exhorta y reprende con toda autoridad. Nadie te menosprecie. Tito 2:11-15.

Testimonio adicional

Martín Lutero rechazó el concepto de la iglesia medieval de que el alma es inmortal de por sí, llamando a estas ideas “opiniones monstruosas” del “estercolero romano de decretos.” – *La afirmación de todos los artículos erróneamente condenados en la bula romana*, 29 de Noviembre de 1520.

“**Juan Calvino** (Comentario ad 1 Timoteo 6:16) señala que el alma depende de Dios para su existencia y permanencia, de modo que, hablando propiamente, no tiene una naturaleza inmortal.” – G. C. Berkouwer, *Man: The image of God*, (Wm. B. Eerdmans Pub. Co., Grand Rapids), pág. 249.

“**La Confesión Belga** [art. 19] dice que Cristo dio la inmortalidad a su naturaleza humana a través de su resurrección.” – *Ibid.* pág. 244.

El erudito Reformado holandés, “**Abraham Kuyper** señaló el contraste entre la Escritura y [el] énfasis deísta de la inmortalidad... (1870).” “El concepto de dependencia en la existencia humana (es decir, la naturaleza de criatura que tiene el ser humano) no puede ser combinada con el concepto de la inmortalidad del alma.” “Kuyper... dijo que la expresión inmortalidad del alma no podría existir en la Biblia, y señaló que ningún credo de las iglesias Calvinistas utilizó el término: lo que el racionalista llama inmortalidad es para el Cristiano la vida eterná.” – *Ibid.* págs. 244, 248, 249.

El Dominicano Católico Francés **Y. B. Trémel** en un periódico de 1957 escribió: “El Nuevo Testamento, obviamente, no concibe a la vida del hombre después de la muerte en forma filosófica ni en términos de la inmortalidad del alma. Los escritores sagrados no piensan en la vida futura como la culminación de un proceso natural. Por el contrario, para ellos es siempre el resultado de la salvación y la redención. Depende de la voluntad de Dios y de la victoria de Cristo.” – “Man Between Death and Resurrection,” *Theology Digest*, Autumn 1957, pág. 151 tomado de *Lumiere et Vie*. (1955), págs. 33-37; citado en LeRoy Edwin Froom, *The Conditionalist Faith of Our Fathers*, (1965), Review and Herald, Wash. DC; vol. 2, pág. 921.

El profesor Quaquero, **Dr. David Elton Trueblood** dijo: “La sola idea de tormento permanente, en la que existe la ausencia no sólo de la esperanza de reforma, sino incluso la de intención de la reforma, es incompatible con la concepción de Dios como una persona cuyo carácter es el del amor que nunca termina.” – *The Philosophy of Religion*, (Harper and Row), pág. 295; citado en *Ibid.* pág. 923.

El profesor liberal de Harvard, **Dr. Paul Tillich**, expone: “[El hombre] vino de la nada, y vuelve a la nada. Está bajo el dominio de la muerte y es impulsado por la ansiedad de tener que morir. Esto, de hecho, es la primera respuesta a la pregunta sobre la relación entre el pecado y la muerte. De conformidad con la religión bíblica, afirma que el hombre es naturalmente mortal. La inmortalidad como una cualidad natural del hombre no es una doctrina Cristiana.” – *Systematic Theology*, vol. 2, pág. 66; citado en *Ibid.* pág. 924.

Edmund Perry, profesor Metodista, lo explica así: “Los escritores bíblicos no tienen la visión griega de que el hombre es una unión de un cuerpo mortal perecedero y un alma inmortal que sobrevive a la muerte del cuerpo. Los escritores bíblicos ven al hombre como una unidad orgánica creada cuya muerte es la muerte del hombre entero. El cuerpo no puede separarse de esa unidad sin destruir todo el hombre entero.” – *Confessing the Gospel Mark Preached*, pág. 121; citado en *Ibid.* pág. 927.

El **Dr. Rudolph Bultmann**, profesor Luterano Alemán en Marburgo, escribe: “La investigación del uso que Pablo hace de la palabra *soma* ya ha demostrado que él no coloca en forma dualista al cuerpo y al alma en oposición entre sí. Al igual que Pablo no conoce el concepto griego-helenístico de la inmortalidad del alma (librado del cuerpo), tampoco utiliza la palabra *psyche* para designar la sede o el poder de la vida mental que anima la materia del hombre, como lo acostumbraban los griegos.” – *Theology of the New Testament*, (Scribner’s), vol. 1, pág. 203, 204; citado en *Ibid.* pág. 924.

El erudito Luterano, doctor **Paul Althaus**, escribió, “la fe cristiana no sabe nada de la inmortalidad del alma.” – *Berkouwer Op. Cit.* pág. 250.

G. C. Berkouwer en 1962 escribió: “No puede haber ninguna idea de que la muerte afecta sólo al cuerpo, como una parte del hombre; el alma también es afectada por la muerte, así que después que el hombre muere solo queda una perspectiva escatológica: el despertar de la muerte. Esto es una perspectiva que no tiene nada que ver con la inmortalidad natural o la indestructibilidad del alma, sino que proviene exclusivamente del futuro acto creativo de Dios en Cristo Jesús.” – *Ibid.*, pág. 251.

El autor Luterano, **T. A. Kantonen** dice: “Puesto que el neoplatonismo era la filosofía espiritual prevaleciente durante el período formativo de la teología cristiana, no es de extrañar que muchos de los Padres identificaran la doctrina cristiana de la vida eterna con la inmortalidad platónica. A través de los siglos esta creencia antibíblica continuó impregnando el pensamiento cristiano y adhiriéndose con el animismo popular convirtiéndose en una aparentemente evidente y formidable verdad que parecía ser una verdadera piedra angular de la fe cristiana.” – *Life after Death* (Philadelphia, Fortress Press, 1962) págs. 14-15.

El erudito Jesuita Alemán, **Hans Walter Wolff**, en 1974 negó la inmortalidad natural del hombre y escribió "el hombre no **tiene** un *nephesh* [alma], él es un *nephesh* [alma], vive como un *nephesh* [alma]."- *Anthropology of the Old Testament* (Philadelphia, 1974), pág. 10.

F. F. Bruce escribe: "Pablo, evidentemente, no podía contemplar la inmortalidad aparte de la resurrección; para él un cuerpo de algún tipo era esencial para la personalidad. Nuestro pensamiento tradicional acerca del alma que nunca muere, que le debe tanto a nuestro patrimonio greco-romano, nos hace difícil apreciar el punto de vista de Pablo." – "Paul on Immortality," *Scottish Journal of Theology* 24 (1971), pág. 457sig.

Se envían SUBSCRIPCIONES GRATIS a quienes las soliciten directamente. Envíe su pedido a: Pregonero de Justicia P O Box 700 Fallbrook, CA 92088 USA

_____ Deseo unirme a la lista regular de suscriptores para recibir gratuitamente el *Pregonero de Justicia*

Nombre _____

Dirección _____

Ejemplares adicionales de éste y números anteriores están disponibles con solo marcar los que desea recibir:

- | | |
|-------------------------------------|--------------------------------------|
| ___ 1-1 El bautismo del Espíritu | ___ 5-2 Los eventos finales* |
| ___ 1-2 El pentecostalismo | ___ 5-3 Identificando al anticristo |
| xxx 1-3 El mensaje de San Pablo* | ___ 5-4 El espíritu del anticristo |
| ___ esp La justificación por la fe* | ___ 6-1 El anticristo hoy |
| ___ 2-1 Paradojas Bíblicas * | ___ 6-2 La aceptación divina |
| ___ 2-2 Protestar o perecer * | ___ 6-3 ¿Qué es el evangelio? |
| xxx esp El movimiento carismático* | ___ 6-4 Por fe sola |
| ___ 3-1 La ley y el evangelio * | ___ 7-1 Cabeza federal |
| ___ 3-2 El movimiento de santidad* | ___ 7-2 Aspectos legales y morales |
| ___ 3-3 El poder de la imputación* | ___ 7-3 Libres para escoger |
| ___ esp El panorama religioso * | ___ 7-4 El Príncipe del pacto |
| ___ 4-1 Martín Lutero habla | ___ 8-1 John Henry Newman |
| ___ 4-2 Cómo leeremos la Biblia? | ___ 8-2 ¿Es el alma inmortal? |
| ___ 4-3 Aceptación y ética * | * = limitado a un ejemplar |
| ___ 4-4 La revolución inmoral | ___ <i>Cuatro Grandes Certezas</i> |
| ___ 4-5 El don de lenguas | ___ Lista de precios para CDs |
| ___ 5-1 Guardaos de los hombres* | |

¡Alabad al Señor!

Ten misericordia de mí, oh Eterno,
porque estoy sin fuerza.

Sáname, Señor, porque mis huesos se estremecen.
Estoy muy turbado;

y tú, oh Eterno, ¿hasta cuándo?

Vuélvete, oh Eterno, librame;

sálvame por tu constante amor.

Porque en la muerte no hay memoria de ti.

¿Quién te loará en el sepulcro?

A ti, oh Eterno, clamé,

a ti, Señor, supliqué.

¿Qué provecho hay en mi muerte,

en que yo descienda a la tumba?

¿Te alabará el polvo? ¿Anunciará tu verdad?

Escucha, Señor, y ten misericordia de mí.

Oh Eterno, sé tú mi ayudador.

Mis ojos enfermaron a causa de mi aflicción,
te he llamado, oh Eterno, cada día,

a ti extendí mis manos.

¿Mostrarás tus maravillas a los muertos?

¿Se levantarán los muertos para alabarte?

¿Se hablará con tu amor en la tumba?

O, ¿de tu fidelidad en el lugar de la destrucción?

¿Serán conocidas en las tinieblas tus maravillas

tu justicia en la tierra del olvido?

Pero yo a ti clamo, oh Eterno.

De mañana mi oración llega ante ti.

Los muertos no alabarán al Señor,
ni cuantos descienden al silencio.

Pero nosotros exaltaremos al Eterno,
ahora y siempre.

¡Alabad al Señor!